A su amigo Manuel Ibarra García:

Sinesio Delgado

EL CARRO DE LA MUERTE

Sinesio Delgado

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CARRO DE LA MUERTE

ZARZUELA FANTÁSTICA EXTRAVAGANTE

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

TOMÁS BARRERA

Representada por primera vez en el Teatro de la Zarzuela
el día 12 de Abril de 1907.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1907

A

Luis Pascual Frutos

en prueba de verdadera amistad,

Sinesio.

722724

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La reina del Molinete	D.ª Balbina Albalat.
La bella Zaida	» María Santa Cruz.
Cucú	» Asunción Pastor.
La Ricitos	» Julia Mesa.
La señora Ramona	» Irene Alba.
La duquesa de Torremormojón	» Josefina del Campo.
Don Quijote de la Mancha	D. Valentín González.
Sancho	» José Moncayo.
El Zoquete chico	» Antonio González.
El Pupas	» Manuel Caba.
Silvio Lilial	» Enrique Gandía.
El duque de Torremormojón	» Luis Bayo.
Bernardo	» Felipe Agulló.
Colás	» Aurelio Delgado.
El marquesito	» José Galerón.

Pastores, coupletistas, clowns, pierrotes, excéntricos, damas y caballeros convidados.

La acción en la sierra de Ávila.—Verano.—Época actual.
Derecha é izquierda las del actor mirando al público.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Monte espeso. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE. SANCHO.

(Ambos duermen sobre la hierba, el primero con la cabeza apoyada sobre la silla de Rocinante, el segundo sobre la albarda del rucio. Preludio descriptivo de la noche de verano, á telón levantado la mitad de él por lo menos. Cuando cesa la orquesta, Don Quijote sueña en voz alta y dice:)

QUIJOTE. Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete... (Al querer echar mano á la espada se despierta sobresaltado y se incorpora rápidamente.) ¡Eh! ¿Qué nueva y espantable aventura es ésta? ¡No! no es aventura, sino imaginación y pesadilla... ¡Triste condición la de los caballeros andantes, á quienes las fantasmas desvelan cuando reposan fatigados! .. (Pónese en pie y contempla á Sancho dormido.) Y ¡dichosos los escuderos, que duermen hartos y ahitos, sin que les desvelen encantadores, ni les pinchen brujas, ni les acosen enanos ni vestiglos!...

SANCHO. (Sin moverse.) ¿Quién habla ahí de enanos, brujas y escuderos ahitos y dichosos? ¡Así Dios me salve como esta dicha es la que os deseo!

QUIJOTE. ¡Cómo! Sancho amigo, ¿no duermes?

SANCHO. ¿Dormir? ¡Pesia mí! ¡No parece sino que á ello me convida esta almohada de plumas, que ardiendo vea yo en los infiernos, con el hi de tal que por estos andurriales me trajo! (Se incorpora.)

QUIJOTE. ¿Tuviste pesadilla también, Sancho? O ¿qué te desveló y quitó el sosiego?

SANCHO. Desveláronme las alforjas, que traemos relucientes de puro limpias ha más de una semana.

QUIJOTE. No te entiendo, Sancho. (Sancho se pone en pie.)

SANCHO. Haceos de miel y os comerán las moscas... ¡Pues no dice que no me entiende!

QUIJOTE. ¡Válame Dios, amigo Sancho, y cuán sabio fué el que dijo que la naturaleza humana es de suyo ingrata y olvidadiza! Te hartaste de pavos y gallinas en las bodas de Camacho, y ni por cortesía diste gracias á tu amo y señor, á quien aquella hartura debías; escasean un día las viandas y reniegas de tu desventura, y cúlpasme de ella, como si á mí no me alcanzara... Pero espera, que, ó mucho me engaño, ó mi buena estrella me trae á la mano la ocasión de responder á tus quejas... ¿Oyes que turba el silencio de la noche ruido de pisadas?

SANCHO. Sí; algo de eso parece.

QUIJOTE. Pues abre el corazón y da tregua á tus deseos, porque sin duda ese ruido indica que se acerca alguna alimaña del bosque, de carne apetitosa y suave, y á la cual yo atravesaré con mi espada, para que tú comas de ella cuanto quisieres.

SANCHO. Mire, señor, y ande con tiento; que si de una aventura de leones salió vuesa merced con bien por milagro, tanto va el cántaro á la fuente...

QUIJOTE. Si tienes miedo, apártate un buen trecho y mira; que los pasos se acercan.

ZOQUETE. (Cantando dentro.)
¡Arza y toma que tengo un morrongo
que cuando en la falda
y así me lo pongo...
(Sigue cantando hasta que el diálogo lo indica.)

QUIJOTE. ¡Una voz humana!

SANCHO. Y dice no sé qué de morrongo. A cosa de encantamiento me huele.

QUIJOTE. ¡Téngase allá quien sea! (Cesa el canto dentro.) Aventura tenemos, Sancho.

SANCHO. Plegue á Dios que no acabe á palos como las otras.

ESCENA II

DICHOS. EL ZOQUETE y EL PUPAS.

(Son dos aprendices de novilleros de los que acuden á las capeas de los pueblos. Visten pobremente y cada uno lleva al hombro, liados en un pañuelo, un capote de percalina roto y sucio y un par de banderillas. Salen por la primera izquierda y al tropezar de manos á boca con la extraña figura de Don Quijote, no pueden disimular el susto y echan á correr hacia el fondo.)

ZOQUETE. ¡La mare e Dios!

PUPAS. ¡Socorro!

QUIJOTE. ¡Teneos, gente malaventurada y asustadiza, que de paz está quien os llama! (Al oir estas voces se detienen en el fondo.) Teneos, digo, y llegaos á mí sin miedo, que no entra en las leyes de la honrosa profesión de la caballería dañar al que teme y perseguir al que huye.

ZOQUETE. ¿Qué te paece, Pupas?

PUPAS. Por mí... vamos allá. No han de ser ladrones.

ZOQUETE. Y aunque lo sean. Como no nos quiten los años... (Adelantan un poco, acercándose á Don Quijote.)

SANCHO. Galeotes parecen éstos; pedrea tendremos como despedida.

PUPAS. Usté dirá qué tripa se le ha roto, buen hombre.

QUIJOTE. ¿Qué es eso de tripa? ¿Qué lenguaje grosero es ése?

ZOQUETE. No se encalabrine usté, señor. Aquí el amigo ha querido preguntar qué se le ofrece.

QUIJOTE. Saber quiénes sois, dónde vais, de qué peligros huís y cuáles desventuras os fuerzan á caminar en estas soledades y en tal guisa.

ZOQUETE. Aquí no hay guiso ninguno, ¡ojalá! Lo que hay se lo diremos á usté en cuanto sepamos qué anda usté haciendo á estas horas por el monte vestido de máscara.

QUIJOTE. ¡Máscara yo! ¡Máscara el invencible, el fuerte, el inmortal Don Quijote de la Mancha, asombro de las edades y admiración del mundo!

ZOQUETE. ¡Atiza, manco! ¿Conque es usté Don Quijote? Pues me alegro de verle bueno, porque yo creí que se había usté muerto el año de la Nana.

QUIJOTE. Y muerto y enterrado fuí; pero sacáronme de la sepultura años ha para celebrar mi centenario, y en la corte estuve en mal hora con este mi fiel escudero que aquí veis.

SANCHO. Y que besa á vuesas mercedes las manos.

QUIJOTE. Pensábamos que se inventarían en nuestro honor fiestas nunca vistas, y nos encontramos con que todas las invenciones se parecían como un huevo á otro á las que se lucen en las míseras y pobres ferias del Toboso y Argamasilla...

ZOQUETE. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. ¡Menuda plancha fué aquella, amigo!

QUIJOTE. Acongojados y mohinos huimos á campo traviesa para esconder por toda la eternidad en la fosa nuestra pesadumbre, tristeza y corrimiento. Pero esta mi nación no es la misma. Donde dejé espesas arboledas hallo desiertos páramos, donde bosques frondosos, pelados vericuetos, y donde caminos de herradura, cintas de hierro por donde ruedan grandes carretas encantadas con estruendo de golpes, silbidos y cadenas. Hémonos perdido y vagando vamos por sierras y valles como ánimas del purgatorio, sin dar con la huesa que nos espera abierta no sabemos dónde.

ZOQUETE. Si que es una gaita. Pues nosotros... maldito sí les podemos servir á ustés pa el caso, porque yo, por mi parte, en mi vida he oído hablar de la sepultura esa, aunque he corrido media España.

PUPAS. Ni yo.

QUIJOTE. ¿Media España decís? ¿Seréis alcabaleros por desventura vuestra?

ZOQUETE. (Al Pupas.) ¿Alcaba... qué ha dicho?

PUPAS. (A Zoquete.) No sé; pero paece una cosa mala.

ZOQUETE. (A Don Quijote.) No, señor; no somos alca... eso. Somos matadores de toros que no hemos tomao la alternativa por intrigas que hay.

QUIJOTE. ¿Lanceáis toros? ¡Diversión de nobles caballeros es ésa!

ZOQUETE. Y que usté lo diga. Pues con ser tan caballeros como somos, aquí nos tiene usté haciendo primores en las capeas de los pueblos. Este empapa como los ángeles y yo me ciño como las propias rosas.

QUIJOTE. (¿Rosas? ¿Angeles?... ¿Qué está diciendo este hombre?)

ZOQUETE. Esta tarde pasada hemos toreao en el Encinar, y ahora vamos á Cercadilla á correr, en cuanto amanezca, el novillo del aguardiente. ¡Vaya una brega! ¿eh? Y aprender, se aprende algo; pero lo que es lucimiento... ¡piscis!

PUPAS. ¡Chanflis!

QUIJOTE. (Verdaderamente asustado.) ¿Eh?

SANCHO. Hablan en latín de corrido.

ZOQUETE. Porque le sueltan á uno ca morlaco que enciende, con más saber que un catedrático. Desparraman, se arrancan, cortan el terreno y cuando menos lo espera uno se encuentra en la cuna.

QUIJOTE. ¿Has entendido algo, Sancho amigo?

SANCHO. Todo: que cuando se enciende un morlaco de esos, estos hombres vuelven á ser recién nacidos y los acuestan.

ZOQUETE. Conque... vean ustés lo que nos mandan, que nos falta media legua pa Cercadilla y hay que descabezar un sueño.

QUIJOTE. Id en paz, gente honrada y valerosa. Y si al-

guno de esos astados vestiglos os hiciere algún desaguisado, despachad un correo y volaré en vuestra ayuda.

PUPAS. Se agradece, amigo, y hasta otra vista.

ZOQUETE. Que encuentre usté pronto ese campo santo que busca, y por allá nos espere muchos años. (Á Pupas.) Está más loco que una gavia.

PUPAS. Guillao perdido.

LOS DOS. (Yéndose.)

¡Arza y toma, que tengo un merrongo
que cuando en la falda
y así me lo pongo...

(Siguen cantando hasta que la voz se pierde á lo lejos.)

QUIJOTE. ¿Qué dices de esto, Sancho?

SANCHO. ¡Qué he de decir, señor! Que el que hambre tiene con pan sueña, y que á perro flaco todas son pulgas. Pensaba vuesamerced ver llegar un sabroso cervatillo, y hanse aparecido dos aventureros qué por las trazas y señales más están para que les regalen hogazas que para dar mendrugos.

QUIJOTE. Así ha sido, en efecto. Pero escucha. Paréceme oir muy cercanos ruído de esquilas y rumor de alegres risas femeniles.

SANCHO. Así es, señor; que hacia aqui viene un carro y por lo que se puede ver con la claridad de un grande farol con que se alumbra el carretero, trae por carga mujeres con vestidos ricos y vistosos.

QUIJOTE. ¿Qué dices? ¡Oh, dichosa suerte la nuestra! Esas doncellas son, sin duda, las princesas que habitan en estos contornos y que vienen aquí guiadas por algún enano bienhechor que nos favorece y ayuda.

SANCHO. Déjese de enanos y princesas, ¡por los clavos de Cristo! Y más bien traiga á la memoria la famosa aventura de las Cortes de la muerte, porque, ó mucho me engaño, ó ésta es otra carreta de comediantes como la que nos dió antaño aquella pesadumbre.

QUIJOTE. ¡No nos dará tal, Sancho! Mujeres vienen en ella, según dices, y con las mujeres van siempre la alegría de la vida y la luz de los cielos.

SANCHO. Pues mujeres iban también en la de marras y en lugar de luz y alegría llovieron vejigas y zambombazos.

QUIJOTE. Aparta, que ya llegan. (Quedan ambos en primer término derecha.)

ESCENA III

DON QUIJOTE. SANCHO. SILVIO LILIAL. LA REINA DEL MOLINETE. LA BELLA ZAIDA. CUCÚ. LA RICITOS.

(Aparece por el fondo izquierda todo lo siguiente: en primer lugar Silvio Lilial con frac rojo, calzón de seda, pelo lacio pegado á las sienes, monóculo grande y sombrero flexible, graciosamente arrugado. Lleva en la diestra un gran farol modernista, encendido, y en la siniestra el ronzal á que viene atado un caballejo. Este caballejo tira de un carro, también modernista, si puede ser, y en el carro están la Reina del Molinete, la bella Zaida, Cucú y la Ricitos, con trajes caprichosos y brillantes á gusto de las consumidoras. En cuanto Silvio ve á Don Quijote y Sancho, hace el gesto de asombro que es de suponer y párase el carro inmediatamente.)

Música.

SILVIO. Surgen de las sombras,
de las sombras surgen
flébiles visiones
creaciones locas, ingrávidos frutos
de calenturientas imaginaciones.

LAS MUJ. No salgas ahora
con algún desplante.
Da las buenas noches
y sigue adelante.

QUIJOTE. (Hablado, con música en la orquesta.) Detén tus pasos y refrena el brioso corcel que guías. Si las soberanas bellezas que en tu carro vienen son, como me figuro y creo, encopetadas señoras rendidas y enamoradas de mi gentileza y brío, bien venidos seáis y dispuesto estoy á besarles las manos hincada la rodi-

lla; pero si encantadas van por tus diabólicos sortilegios, conmigo eres en batalla. Y ¡voto á tal! que aquí mismo las dejas en libertad de ir donde quisieren, ó he de hacerte picadillo y jigote sin levantar mano.

LAS MUJ. A las claras se ve
que es un loco de atar,
pero vamos á ver
si nos deja pasar.

(Bajan lentamente del carro mientas Silvio, más muerto que vivo, canta lo siguiente:)

SILVIO. Fantasma grácil, que en remembranza
de edades muertas se yergue aqui,
deja que entone dulce añoranza
la poesía dentro de mí.

QUIJOTE (Hablado.) ¡Eh! ¿Qué es esto?

LAS MUJ. (Á Silvio.) No digas tontunas
y apártate un poco.
No le haga usté caso, (Á Don Quijote.)
que el pobre está loco.

(Acercándose más á Don Quijote y Sancho.)

REINA. ¡Pero qué sorpresa!

ZAIDA. Pero...

CUCÚ. Pero ..

RICITOS. Pero...

TODAS. ¡Si éste es Don Quijote
y ése su escudero!

QUIJOTE. (Hablado.) ¡Los mismos somos! Esclavos vuestros desde ahora.

SANCHO. (Idem.) Abra el ojo vuesa merced, que á la cuenta son éstos los morlacos que decía el otro, que encienden y se arrancan.

LAS MUJ. Aprovecharemos
tan buena ocasión
para demostrarles
nuestra admiración.

(Dos de ellas se colocan una á cada lado de Don Quijote, y las dos restantes hacen lo mismo con Sancho.)

LAS DOS PRIMERAS. Espejo, flor y nata
de andantes caballeros.

LAS DOS SEGUNDAS. Ejemplo y enseñanza
de fieles escuderos.

LAS PRIM. Salud.

LAS SEG. Salud.
LAS CUAT. Salud.
Os respeta y os ama
la alegre juventud.
Si yo supiese que {Dulcinea / tu Teresa} no se ofendía
con tu desvío,
¡con cuánto gusto y á todas horas te llamaría
gatito mío!

QUIJOTE. (Con un suspiro tierno.)
¡Ay!

SANCHO. (Con otro, que parece berrido.)
¡Ay!

LAS MUJ. Su gracia y su primor
aquí á ofreceros van
las reinas del *couplet*,
del tango y del cancán.

(Júntanse las cuatro y bailan una danza breve, sugestiva, pero fina y elegante, mientras canta Silvio en segundo término.)

SILVIO. Rayos febinios crepusculizan,
el cielo cárdeno tórnase azul,
y como lágrimas se cristalizan
las del rocío gotas de tul.
La aurora pálida
viene detrás.
Si nos alcanza, no llegaremos
¡jamás, jamás!

Hablado.

QUIJOTE. En Dios y en mi ánima os juro ¡oh vaporosas ninfas de esta selva! que vuestras gracias y donosura han rendido mi fortaleza y sujeto mi ánimo. Y os pido y ruego que me digáis vuestros nombres y el de ese encantador que os conduce.

REINA. Oye tú, Silvio; que te ha llamado encantador este caballero.

SILVIO. No es el primero que me lo llama. Pero esas floriculas laudantes no calman la desolación de mi vida gris y de mi alma glauca.

QUIJOTE. ¿Qué ha dicho?

RICITOS. ¡Anda con Dios! ¿Qué ha de decir? Que está mochales.

QUIJOTE. ¿Mochales? Tampoco á ti te entiendo, ninfa.

REINA. ¿Se quiere usté callar? Ni nosotras somos ninfas, ni estamos encantadas, ni ése es el camino.

QUIJOTE. ¿Quiénes sois, entonces?

REINA. Yo soy la reina.

QUIJOTE. (Haciendo ademán de arrodillarse, mientras Sancho se descubre.) ¡La reina!

REINA. Sí, hombre, sí; la reina del molinete. ¡Claro! Usté no me habrá oído nombrar; pero la gente de trueno me conoce toda.

QUIJOTE. ¿De trueno?

RICITOS. Sí, señor; de trueno. Formamos una compañía de variétés, ¿usté comprende? Esta noche hemos dado una función en el Espinar en un teatrito al aire libre, y como mañana hemos de trabajar en Cercadilla, donde hacen otras fiestas unos muchachos veraneantes, allá íbamos ahora, con los mismos trajes de la representación, porque han de salir á recibirnos con cohetes y charanga.

SANCHO. (Ya barruntaba yo que ésta era una carreta como la de antaño.)

QUIJOTE. Y ¿qué auto ó farsa representáis?

REINA. ¿Auto? ¡Anda el auto! Yo bailo una bayadera que dicen algunos señores formales que es cosa de comerme; aquél toca el xilofón y recita versos, que no los entiende el verbo divino; ésta, la bella Zaida, canta unos *couplets* con una sal y pimienta...

ZAIDA. ¿Quiere usté oir uno?

QUIJOTE. ¡No en mis días! La pimienta y la sal para los estómagos sin jugo y los paladares enfermos; yo estoy sano de cuerpo y de alma ¡loado sea Dios! y no necesito especias para las viandas ni acicate para los deseos.

SILVIO. (Acercándose un poco.) No musitéis más. El claror opalino avanza por las espeseces del bosque y debemos ambular antes de que aurorezca.

QUIJOTE. Pero ¿qué dice?

ZAIDA. Nada; que tenemos prisa. (A Silvio.) Pues anda, arrea si quieres, que ya te alcanzaremos.

SILVIO. Está bien.
¡Oh banales cariátides ingratas!
¡Cómo me obstaculizan las contratas!
¡Arre, hipógrifo! (Vase con el carro por el fondo derecha.)

QUIJOTE. Y estas otras dos damas ¿en que se emplean?

CUCÚ. Pues verá usté: á mí me dicen *Cucú*, ¿sabe usté por qué? Porque canto la habanera del cuco, dando unos revoloteos muy graciosos por el tablado, y al estribillo hago así con la pierna. (Alzándola bastante.)

QUIJOTE. ¡Quieta!

SANCHO. ¿Cómo?

CUCÚ. Así. (Alzándola mucho más.)

QUIJOTE. ¡Quieta he dicho! Repito que no necesito adobos ni acicates.

ZAIDA. Y esta otra, la Ricitos, se marca un tango por lo fino, que tiene usté que oir á los hombres aullar y patalear de gusto.

RICITOS. Y no crea usté que son chiquilicuatros, no, señor; hombres serios y graves, y casi todos calvos y con las barbas blancas.

QUIJOTE. ¡Basta! Nunca pude imaginar que aquellos pasos graciosos y simples y aquellas farsas ingeniosas y entretenidas vinieran á parar en cosa semejante. Tornad á vuestra carreta si quisiereis y Dios os salve de la tentación y á mí de vosotras.

REINA. Pues ya lo sabe usté, si quiere vernos trabajar, á Cercadilla vamos ¡Andando, niñas! Adiós, Caballero de la Triste Figura. (Medio mutis de las cuatro mujeres.)

QUIJOTE. Oiga antes la reina. ¿Elegisteis esa profesión por vuestra propia y libre voluntad?

REINA. Naturalmente.

QUIJOTE. ¿Nadie os forzó á seguirla?

REINA. Hombre... tanto como nadie... Nos obliga el *piri*.

QUIJOTE. El *piri* ¿es algún endriago?

REINA. El *piri* es el garbanzo, la comida... Si no hiciéramos esto no comeríamos, y cada uno se las busca como puede. Conque ya lo sabe

usté. (Alzando la pierna otra vez á guisa de despedida.) *Cucú.* (Únese riendo á las otras.)

QUIJOTE. ¡Quieta!

REINA. ¿Sabéis lo que os digo? Que este hombre daría un dineral si se quisiera venir con nosotras á cantar *la pulga.* (Vanse todas riendo por el foro derecha.)

ESCENA IV

DON QUIJOTE. SANCHO.

QUIJOTE. (Pensativo.) Forzadas por la necesidad del sustento... ¡Sí! forzadas han dicho... ¡Sancho! Ensilla á Rocinante y aparej a al rucio. ¡Vamos á seguir y á amparar á esas infelices!

SANCHO. ¡Cómo, señor! ¿Con esas salimos ahora?

QUIJOTE. Digo que estas aventuras de redimir cautivos y socorrer doncellas entran de lleno en los deberes de la orden de caballería que profeso. Y no se hable más y ensilla y apareja pronto, que el tiempo corre.

SANCHO. ¡Por Dios y su santa madre, señor! ¡Ya que hemos escapado sanos y salvos del cuco y de los molinetes, no se empeñe en seguir á esas daifas, que le trastornarán el celebro como á los calvos de las venerables barbas de que hablaba mi señora la Ricitos!

QUIJOTE. Voto á tal que si no callas y obedeces...

SANCHO. Callo y obedezco... (Regáñame mi madre y yo trompógelas.) (Vase primera derecha. Dentro.) ¡Eh! ¿qué es esto? (Vueve á salir inmediatamente azorado y lloroso.) ¡Ay, Dios mío! ¡qué desgracia tan grande!

QUIJOTE. ¿Qué te aflige, Sancho?

SANCHO. Que no están.

QUIJOTE. ¿Quién?

SANCHO. ¿Quién ha de ser? Rocinante y el rucio. Atados los dejé en unos árboles aquí á cuatro pasos, y ni atados ni sueltos los veo por ninguna parte.

QUIJOTE. Busca y escudriña bien. Habrán roto las cuerdas.

SANCHO. ¡No, no! No las han roto. Son ellos incapaces de romper nada... ¡Ya!

QUIJOTE. ¿Qué?

SANCHO. Ya sé lo que ha sido. Aquellos lanceadores de toros, que vea yo comidos de gusanos, son los que se han llevado nuestras bestias.

QUIJOTE. Razón debes de tener; que ambos tenían tra zas de cuatreros. Pero no se dirá que por causa tan ruín dejó Don Quijote de acudir á donde su obligación le llamaba. Marchemos á pie, Sancho, y que Dios nos guíe. Dos empleos han de tener ya mi fuerte brazo y mis alientos varoniles: rescatar nuestras cabalgaduras y redimir de su vergonzosa esclavitud á esas pobres doncellas...

SANCHO. Con lo del rescate me conformo, que de lo otro se me da una higa. (Empiezan á marchar hacia el fondo derecha)

QUIJOTE. Entrambas cosas son necesarias y oportunas, Sancho. (Empieza á caer lentamente el telón de cuadro.) Porque has de saber que en toda república bien organizada es tan conveniente atender y cuidar los intereses que llaman materiales como los que sólo atañen al espíritu ó á la honra se refieren. Y desde ahora te prometo y juro no comer pan á manteles ni dormir bajo techo mientras esas desventuradas mujeres sin defensa ni amparo... (Sigue oyéndose la voz dentro que se pierde apagada por la música que acompaña á la mutación. Cae el telón completamente.)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de selva.

ESCENA V

CORO DE PASTORES.

(Salen por la izquierda, uno tras otro, avanzando con mucha precaución y como si buscaran á alguien. Todos traen zurrones y cayadas.)

Música.

CORO. Mirar hacia arriba,
mirar hacia abajo,
mirar hacia alante,
mirar hacia atrás,
y en cuanto aparezcan
por algún atajo,
palo y tente tieso
y no se hable más.
Á esos señoritos que hacen la fantasma
y andan por el monte vestidos así
pa ver si la gente se asusta y se pasma
y reirse de ella dimpués en Madrí
hay que escarmentarlos
con un par de golpes
y meterles miedo
pa que no se crean
que los aldeanos
se chupan el dedo.
Y si resultan almas en pena
ú hombres que drento tienen los malos,
la melecina también es buena,
que los demonios se echan á palos.

Conque amos pa alante
dispuestos á todo,
mirando hacia arriba
y abajo y atrás,
y en cuanto aparezcan
por algún recodo,
zurriagazo limpio
y no se hable más.

Hablado.

COLÁS. ¡Quietos!
BERN. ¿Qué pasa?
COLÁS Me paece que se oye ruido por la carretera. (Pausa. Todos escuchan.) No; no se oye nada.
BERN. A ver si han tirao por la cascajera pa cortar camino.
COLÁS. ¡Que no, hombre! que es por aquí por donde vienen...
BERN. Pero ¿tú los has visto?
COLÁS. Como á ti ahora.
BERN. ¿Y estás seguro de que no eran duendes?
COLÁS. ¡Miá con lo que sale! Si dende que se puso el ferrocarril no hay eso. Son dos hombres como tú y como yo Uno de ellos, con un casco en la cabeza, va dando voces como si estuviera furioso y pegando con la espada en los árboles.
BERN. ¡Ah! pero ¿traen espadas?
COLÁS. ¡Qué! ¿tiés miedo?
BERN. Hombre... es que si son locos ó endemoniaos de veras... (Suena dentro, muy fuerte, una bocina de automóvil. Los pastores se asustan.) ¡Ahí están! (Suena otra vez la bocina. Todos echan á correr y desaparecen por donde vinieron.)

ESCENA VI

LA DUQUESA. EL DUQUE. En seguida los PASTORES.

DUQUE. (Dentro.) ¡Eh! ¡eh! ¡no corran ustedes! ¡No se asusten ustedes!
DUQUESA. ¡Esperen! ¡oigan!
(Salen los Duques por la derecha. Visten trajes de au-

tomovilistas, exactamente iguales. Guardapolvo gris hasta los pies, gorra con orejeras y tapabocas y grandes anteojos que les cubren casi toda la cara. Entre unas cosas y otras, de las personas se descubre muy poco y parecen dos bichos raros enteramente.)

DUQUE. ¿Serán bárbaros? ¿Pues no se espantan?

DUQUESA. ¡Venid, pastorcitos, venid!

DUQUE. Por Dios, Jovita, no continúes. ¡Van á creer que cantas villancicos! (Vuelven á salir por la izquierda, lentamente y con cierta escama, los pastores.) Acérquense sin miedo. No tratamos de hacer á ustedes daño.

COLÁS. Venir, venir, ¡que hablan como nosotros!

DUQUESA. ¡Estos gaznápiros pensaban oirnos ladrar!

DUQUE. Venimos por la carretera y deseamos saber si ese camino que sale á la derecha es el que conduce á Cercadilla.

COLÁS. A Cercadilla, ¿eh? ¿Y á qué van ustés á Cercadilla?

DUQUESA. ¡Los duques de Torremormojón pueden ir donde quieran sin dar cuenta á nadie!

DUQUE. ¡Calma, Jovita!

COLÁS. ¡Duques! ¿Oís? Icen que son duques con esas antiojeras. (Todos se ríen con una impertinencia salvaje.)

DUQUE. Pues... vamos á las fiestas. Y como tememos extraviarnos, al ver á ustedes hemos parado el automóvil...

COLÁS. ¡Ah! pero ¿ustés andan en eso? (Los pastores hablan bajo entre sí.)

DUQUESA. ¡Un panhard de sesenta caballos!

COLÁS. ¿Conque el otromóvil? ¡Pues no teníamos nosotros ganas de cogerlos á ustés á tiro!

DUQUESA. ¿Qué dice este bruto?

COLÁS. Amigos, aquí están los que nos matan los perros y las cabras. ¡Zurra, que es tarde! (Intentan agredirlos.)

DUQUE. ¡Animales, bestias! ¡Ibáñez! ¡Augusto! (Corriendo por la escena, perseguidos por los pastores, que alzan las cayadas, gritan y ríen.)

DUQUESA. ¡Socorro!... ¡Ay, ay! ¡Socorrooo!...

ESCENA VII

DICHOS. DON QUIJOTE. Luego SANCHO.

QUIJOTE. (Saliendo gallardamente por la derecha con la espada desnuda.) ¿Quién pide socorro? (Los pastores quédanse pasmados ante la nueva aparición.)

COLÁS. ¡El loco!

BERN. ¡El de la espada! (Huyen más que á escape por la izquierda, tropezando y atropellándose. Don Quijote los persigue, ciego de furor, sin fijarse poco ni mucho en los que quedan en escena.)

QUIJOTE. ¡Esperad, villanos, que de todos he de dar buena cuenta! (Vase.)

DUQUESA. ¡Severiano! ¡Un loco!

DUQUE. Eso han dicho. Salimos de Málaga para entrar en Malagón. (Quédanse en el centro, frente al público, mudos é inmóviles. En este momento entra Sancho, con la albarda y la silla á cuestas, fatigado y sudoroso. Deja su carga en el suelo y se sienta á descansar sobre la albarda. De pronto alza la vista, ve las espantables figuras de los Duques y se levanta temblando de miedo. Quiere gritar y el terror no le deja. Por fin huye por la derecha haciendo la señal de la cruz y dando trompicones, á tiempo que Don Quijote vuelve por la izquierda envainando la espada.)

QUIJOTE. (Sin ver á los Duques todavía.) ¡Volved si quisiereis, salteadores de caminos, que para combatiros y acabaros vino al mundo Don Quijote de la Mancha!

DUQUESA. ¿Don Quijote ha dicho?

DUQUE. Será su manía. No hay que contrariarla. (Dando algunos pasos hacia Don Quijote.) Caballero...

QUIJOTE. (Viéndoles entonces.) ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué nuevos vestiglos ó endriagos me acometen?

DUQUE. No somos endriagos ni vestiglos, sino el duque y la duquesa de Torremormojón, á quienes ha salvado la vida.

QUIJOTE. Perdónenme vuestras altezas; pero ahora comprendo hasta dónde llegan mi desventura y la rabia y encono con que los encantadores

me persiguen. Salvo de unos bandoleros á dos personas de alto y esclarecido linaje, y las hallo á la vuelta convertidas en dos monstruos espantables, sin forma ni figura humana. (Vuelve á salir Sancho con infinitas precauciones y quédase oyendo la conversación parapetado tras la albarda.)

DUQUESA. ¡Oiga usted! Eso de monstruo...

DUQUE. ¡Jovita, por Dios!

QUIJOTE. Sepa yo por lo menos, para rendirla el obligado homenaje de cortesía, cuál de vuestras altezas es la dama.

DUQUESA. ¿Cuál ha de ser, hombre de Dios? ¡Yo!

QUIJOTE. Tenedme desde hoy por vuestro más humilde criado, señora, y sabed que daré de buen grado el primer reino que conquiste por sacaros del infierno de vuestra fealdad y tornaros á vuestra pristina belleza y vuestra juventud lozana.

DUQUE. No es necesario, señor Don Quijote, porque estamos en nuestro ser natural, aunque este traje, que es el de camino, nos desfigura un poco. Y si vuestra merced quiere convencerse, véngase en nuestro coche á Cercadilla.

QUIJOTE. ¿En vuestro coche? ¡Tente, mago enemigo, que ya te entiendo! Quieres probar mi valor arrebatándome por los aires ó llevándome á á las entrañas de la tierra.. Pero si eso pretendes, no podrás decir que á Don Quijote de la Mancha le atemorizaron los peligros, fueren los que fueren. Guía, y pronto.

DUQUESA. Severiano, que esto es una locura.

DUQUE. Tranquilízate. En cuanto lleguemos al pueblo aviso para que le encierren. (Vanse.)

QUIJOTE. Sancho amigo, recoge tu carga. Otro Clavileño nos espera. (Vase.)

SANCHO. (Cargando de nuevo con la silla y la albarda.) Un loco hace ciento; el que con lobos anda á aullar se enseña, y á fuerza de llevar esto encima... acabaré por rebuznar como los regidores del cuento. ¡Arre, Sancho! (Música; unos cuantos compases, los suficientes para que Sancho se vaya imitando el trote de una caballería y se haga la mutación.)

CUADRO TERCERO

Plazoleta de un jardín con estatuas, escalinatas, fuentes, etc., iluminado espléndidamente con infinidad de bombillas de colores que forman entre los árboles toldos de luz. Bancos rústicos á derecha é izquierda.

ESCENA VIII

SILVIO, de pie y mirando hacia el fondo derecha, figura dirigir y ensayar á la Reina del molinete y coro de bayaderas, que salen cuando se indica.)

Música.

SILVIO. Detrás de esos chopos
estáis prevenidas,
y al dar tres palmadas
hacéis la salida.
¡Mucha variedad!
¡Mucha exquisitez!
Vamos á probar
por última vez.
Una, dos, tres... (Dando palmadas.)

(Salen la Reina del molinete y ocho bayaderas, que forman en ala en el fondo.)

Marcando con gracia
la suave cadencia
de la ondulación,
avanzáis un poco,
sin perder la línea
de la formación.

(Lo hacen así, con la Reina al frente.)

¡Venga la canción!

CORO. Bayadera de Oriente,
mueve tu cuerpo
como la palma
y en tus ojos ardientes
brille radiante
la luz del alma.

REINA. (Bailando.)
Cuando el talle se cimbrea,
la mirada centellea
como el rayo abrasador,
y hasta el aire se caldea
y encendido me rodea
con la llama del amor.
Para que agitada
vibre el alma entera,
nada como el baile
de la bayadera.

CORO. Bayadera de Oriente, etc.

REINA. Los rugidos del deseo
me acompañan á los sones
de mi canto arrullador
y me abraso cuando veo
tempestades de pasiones
estallando en derredor.

REI. Y CO. Para que agitada
vibre el alma entera
nada como el baile
de la bayadera. (Fin del baile.)

SILVIO. Seguidme sin perder
compás ni formación,
que así vamos á hacer
la entrada en el salón.
¡Venga la canción!
(Vase primera izquierda.)

CORO. (Yéndose detrás de Silvio.)
Bayadera de Oriente, etc.

(En cuanto han desaparecido, sale el Zoquete chico por la primera derecha mirando hacia atrás, y como huyendo de alguien que le persigue, recorre asustado toda la escena y, por último, vase corriendo por el fondo izquierda. Inmediatamente sale por la primera derecha Sancho, mira á todas partes y no viendo alma nacida se sienta cachazudamente en el primer banco del mismo lado.)

ESCENA IX

SANCHO.

Hablado

Sepamos ahora, Sancho hermano, de dónde viene y á dónde va vuesa merced. ¿Viene de regalarse con los apetitosos frutos de ollas y sartenes y va á reposar en algún lecho de plumas? No, sino vengo de mal saciar el hambre con las migajas de la mesa de los Duques, y de correr de la ceca á la meca y de zoco en colodro en busca de mi señor y amo. ¿Y quién tiene la culpa de lo que os pasa, Sancho amigo? Téngola yo, por seguir á un loco de atar en sus aventuras y disparates. Tantos debió de hacer apenas llegamos en aquel coche de los demonios, que olía y no á ámbar, que mi señor el Duque determinó ponerle á buen recaudo, y llevósele con tanto sigilo, mientras yo me entretenía en la cocina con un mísero alón de pollo, que nadie pudo después darme razón de su paradero, porque los nigromantes enemigos de mi amo persíguenme también sin duda ninguna, y en todas partes me contestaron en una lengua que no entiendo. Dijéronme unos «ha salido de *pira*», otros «se las ha *najao*» y otros «¡ha ahuecao el ala!» ¿Qué piras y qué najas son ésas y cuándo y cómo le habrán salido alas al esforzado caballero?

ESCENA X

SANCHO. LA SEÑORA RAMONA. Al fin DON QUIJOTE.

RAMONA. (Saliendo por la primera derecha y viendo á Sancho.) Buenas noches.

SANCHO. Venga vuesa merced en buena hora.

RAMONA. ¿Es usté de la compañía?

SANCHO. ¿Qué compañía?

RAMONA. Usté perdone; ¡como va usté vestido de esa manera!... (Recorre la escena, mira á todas partes, y vuelve rápidamente al primer término.) Pero ¿dónde se ha metido?

SANCHO. ¿Quién?

RAMONA. Ese granuja, ese maleta á quien llaman el Zoquete chico, y que chico no será, pero lo que es zoquete..

SANCHO. No he visto zoquete alguno, chico ni grande, ha más de una semana.

RAMONA. Pues él aquí ha entrao, porque le han abierto la puerta de la verja hace poco... ¡Claro! Ya sabía yo que tenía que venir á la querencia. Pero por aquí tié que salir y aquí le aguardo; no pasa de hoy sin que nos veamos las caras.

SANCHO. Ese hombre ó lo que fuere ¿ha hecho á vuesa merced algún desaguisado?

RAMONA. ¿Que si me ha hecho? ¡Robarme! ¿Le parece a usté poco guisao? ¡Pues nada menos que robarme!

SANCHO. ¿Algún par de aretes de plata ó alguna basquiña de paño fino?

RAMONA. ¡Qué par, ni qué paño, ni qué cuernos! ¿Está usté de queda?

SANCHO. ¡De queda!

RAMONA. Lo que me ha robao ese sinvergüenza ha sido mi hija.

SANCHO. ¿Qué dice?

RAMONA. Sí, señor, sí, mi hija; y no ponga usté esa cara de páparo. Yo soy la madre de la Ricitos ¿Usté no ha oído hablar de la Ricitos?

SANCHO. Sí por cierto; y por ella y por otras de su laya andamos mi amo y yo por estos lugares.

RAMONA. ¡Ah! ¿Es usté criao del marquesito?

SANCHO. No, sino del hidalgo de más limpio linaje que anda en las historias.

RAMONA. ¿Sí, eh? No me choca; mi niña trae de cabeza á una porción de señores de alto copete. Porque como artista tiene mucho público. ¡Y qué publiquito! Magistraos, generales, banqueros... y de ahí para arriba. Mire usté, parece broma, pero todos la quieren proteger y nos darían lo que nos diera la gana. ¿Sabe usté

por qué no tenemos coche y por qué no como yo *foie gras* como otras madres que conozco? Porque la muy pava ha ido á encapricharse de ese golfo y no hace cara á nadie.

SANCHO. (Así Dios me salve como no entiendo nada de lo que dice esta venerable dueña.)

RAMONA. En cuanto ha venido aquí contratada... ¡zas! aquí se ha encajao él con el aquel de la capea. ¿Sabe usté pa qué? Pa arrampiar con lo que gane, y á la madre que la parta un rayo. Pero eso se va á acabar hoy mismo, ¡no se ha de acabar! Como le coja, que sí le cogeré, yo le aseguro á usté que no torea mañana. Porque no quiero que me roben más, y no me roban, y no me roban, y no me roban. (Abre un saquito de mano, saca un frasco pequeño y lo destapa.)

SANCHO. (Si me hubiesen nacido alas, también las ahuecaría en este punto y hora.)

RAMONA. Con permiso (Bebe.) ¡Ah! Se me ha olvidao. ¿Usté gusta? Es mono.

SANCHO. ¿Mono? Nunca oí nombrar ese brebaje.

RAMONA. Anís del mono, hombre. Es para el flato. En cuanto me pongo nerviosa me da, y si no tuviera esto á mano, me moría.

SANCHO. (Otro bálsamo de Fierabrás como el nuestro.)

RAMONA. Los artistas, y sobre todo las familias de los artistas, lo usamos bastante Mi segundo difunto enloquecía por él.

SANCHO. ¿Ha tenido vuesa merced dos difuntos?

RAMONA. Se pué decir que tres, porque al padre de mi niña se lo llevó Dios cuando estábamos en las amonestaciones. ¡Ay! no sabe usté lo que daría por que me vivieran los tres para que no se riera de mí ese cobarde, canalla, más que canalla. ¿Ve usté? Ya estoy nerviosa otra vez. En cuanto hablo de esto...

SANCHO. Torne á *monear* vuesa merced.

RAMONA. Tiene usted razón; es lo único que me calma. (Destapa de nuevo el frasco.) Con permiso. (Bebe otro trago. Aparece Don Quijote por el foro izquierda avanzando lentamente y sin fijarse en los que están en escena.)

QUIJOTE. Aquí me tenéis ya con vosotros, noche oscura y serena y arboleda espesa y temerosa.

SANCHO. (¡Mi amo!)

RAMONA. (¿Qué dice ese hombre?) Oiga, buen amigo, ese señor sí que será de la compañía, ¿no?

SANCHO. ¡Y torna y dale con la compañía! ¿No oye vuesa merced que es el famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha?

RAMONA. Usté dispense, hijo; con esos avíos creí que era un excéntrico inglés de los que bailan la jiga. (Se interrumpe de pronto, como si viera alguien lejos por la izquierda.) ¡Ah! por allí anda ése. ¡Ahora le cazo! ¡Vaya si le cazo! (Vase corriendo.)

ESCENA XI

DON QUIJOTE. SANCHO.

QUIJOTE. ¿Estás ahí, Sancho amigo?

SANCHO. Aquí estoy esperando á vuesa merced para besarle las manos.

QUIJOTE. Pues vámonos de aquí sin que nadie se percate de nuestra salida.

SANCHO. ¡Cómo, señor! ¿En esas estamos? ¡Así me aspen si lo entiendo! Yo tengo entendido que vinimos aquí para rescatar nuestras cabalgaduras y para redimir á ciertas señoras que lo habían menester, y no le estará bien á vuesa merced irse sin lo uno y sin lo otro.

QUIJOTE. En lo que toca al rucio y á Rocinante, el Duque los recobró de los cuatreros y de la cuadra iremos á sacarlos ahora. Y en cuanto á las damas... como no entra en los fueros de la caballería andante devolver la decencia á quien no la tiene, déjolas en paz y aléjome de ellas.

SANCHO. Ha hablado vuesa merced como un libro, pero sabido es aquello de que lo que no fué en mi año no fué en mi daño, y donde fueres haz lo que vieres, y cuando te den la vaquilla corre con la soguilla. Dígolo al tanto de que... (Voces y gritos dentro.)

QUIJOTE. Calla y cierra el saco de tus refranes, Sancho, que alguien pelea no muy lejos.

RAMONA. (Dentro.) ¡Socorro! ¡A ése!

ZOQUETE. (Idem.) ¡Maldita sea!

RAMONA. ¡Canalla, pillo, granuja!... ¡Socorrooo!... (Siguen las voces.)

QUIJOTE. Pide socorro una voz de mujer.

SANCHO. Aporreado me veo por añadidura. (Salen por el fondo izquierda el Zoquete y la señora Ramona, aquél perseguido por ésta, que le golpea, le araña, le arrastra, le empuja, etc., etc.)

ESCENA XII

DICHOS. RAMONA. ZOQUETE.

ZOQUETE. ¿Se quié usté estar quieta?

RAMONA. (Zarandeándole más todavía.) ¡Si no te escapas, tramposo, muerto de hambre!

ZOQUETE. Señora Ramona, no me sofoque usté, que me pierdo.

QUIJOTE. (Interponiéndose con energía.) Nadie dé un paso más sin que yo sepa la causa de esos golpes.

RAMONA. ¿Y á usted qué le importa?

SANCHO. (Reconociendo á Zoquete.) ¡El del morlaco que robó el rucio! (Acercándose á él y zarandeándole á su vez.) Venid acá, señor lanceador de toros, que quiero pagaros el favor dándoos algunas puñadas á cuenta.

QUIJOTE. (Separándole.) Aparta, Sancho; que tiempo habrá de tocar ese punto que á nosotros atañe; antes debo yo poner en claro la ofensa ó sinrazón de que esta dama se queja, y hacer la justicia por mi mano.

RAMONA. Déjeme usté en paz, señor inglés, que la justicia me la hago yo solita. (Sigue la zurra.)

ZOQUETE. ¡Que me pierdo, señora Ramona!

RAMONA. Suelta eso que te llevas, ladrón, estafador de menores.

ZOQUETE. ¡Que se calle usté digo!

QUIJOTE. (Separando á los contendientes.) De que este bellaco es ladrón tenemos acá más que barruntos;

pero puesto que no es bien que una mujer aporree á un hombre que no ha de responderla, apártese la dueña y deje á mi cargo el castigo del agravio que este malaventurado la hubiese hecho.

ZOQUETE. Oiga, amigo; lo que hay entre esta señora y yo son cuentas nuestras.

QUIJOTE. Pídolas yo, que puedo.

ZOQUETE. ¿A mí? ¡Maldita sea! (Hace ademán de sacar la navaja.)

QUIJOTE. (Sacando rápidamente la espada.) ¡Téngase el rufián, ó por la orden de caballería que profeso juro que le atravieso de parte á parte.

ZOQUETE. (Tranquilizándose de repente.) (Zape, que está loco.)

RAMONA. ¡Bien hecho! Dele usté una estocada, aunque sea á paso de banderillas.

QUIJOTE. Hable antes la dueña.

RAMONA. Pues mire usté, aquí el caso es que yo tengo una hija que, dicho sea sin ofender á nadie, es más inocente que una paloma.

ZOQUETE. ¡Miau!

RAMONA. No me hagas el gato, porque te estrello. Y este asaúra me la tiene tan atemorizada que todo lo que ella gana con su trabajo honradamente se lo gasta él en vino y en ropa.

SANCHO. Más en vino que en ropa por lo que se ve, ó la muchacha no gana arriba de tres maravedises.

QUIJOTE. Punto en boca, Sancho, que nadie pide la ayuda de tus luces.

RAMONA. Es que se conoce que el botijo este también es muy gracioso.

SANCHO. Soy...

QUIJOTE. ¡Calla, he dicho! Siga la dueña.

RAMONA. Y ¡claro está! como tiene este espantajo, al lao la chica está perdiendo muy buenas proporciones. ¿Sabe usté por qué? Porque yo llevo faldas y soy una pobre viuda.

SANCHO. Dos veces y media

QUIJOTE. ¿Viuda y pobre? Con esas dos palabras ha adelantado vuesa merced más que con todo el discurso. (Al Zoquete.) Defiéndase ahora el salteador de caminos.

ZOQUETE. Yo no digo más que unas palabritas: que eso de las doncellas es un infundio, que esta señora no es tal señora, y que aquí no hay más inocente paloma que menda el escarolero.

QUIJOTE. ¡Hable en cristiano el harto de ajos, ó cortarle he la lengua!

ZOQUETE. Pues más claro agua: que la señora Ramona está pa que la emplumen, que usté está más guillao que un cerrojo... y que á mí no me saca ni Dios los dos duros que me ha dao ésa. Soy con ustedes. (Vase corriendo por la derecha.)

RAMONA. ¡Ah, ladrón! ¡que se escapa! (Á Don Quijote.) ¿Lo ve usté, so morral? ¡Por habérmele quitao de entre las uñas! (Le da un bofetón que le hace tambalearse y echa también á correr tras el otro.)

SANCHO. ¡Hi de tal, y qué rejo tiene la bellaca!

QUIJOTE. (Con la mano en la parte dolorida.) Ahora es cuando te digo, Sancho, que debes alabar y poner por las nubes mi valor y fortaleza. Porque viendo cómo me pagan los que quise amparar, no saldré de aquí esta noche sin salvar á la hija de esa deslenguada y furiosa dueña. No se hable más, y sígueme. (Vase por la derecha.)

SANCHO. ¡Miren con lo que sale ahora! ¡Con que salvemos la honra de la Ricitos! ¡Más fácil le sería hacerme emperador de la Trebisonda! (Vase tras Don Quijote.)

ESCENA XIII

EL MARQUESITO. SILVIO LILIAL. LA REINA DEL MOLINETE. LA BELLA ZAIDA. CUCÚ. LA RICITOS. BAYADERAS. EXCÉNTRICOS. COUPLETISTAS. CLOWNS. DAMAS Y CABALLEROS CONVIDADOS.

Música.

CORO. (Saliendo.) Bien decía el Marquesito.
¡Cuántas luces! ¡qué esplendor!
Para terminar la fiesta
este sitio es el mejor.
(Llamando.)
¡Bella Zaida!

ZAIDA. (Dentro.) ¿Qué se ofrece?
CORO. Ven aquí.
(Sale Zaida.)
¡Tú, Ricitos!
RICITOS. (Dentro.) ¿Qué se ofrece?
Ven acá,
(Sale la Ricitos.)
que aspirando los perfumes del jardín
las coplitas y los tangos gustan más.
ZAIDA. Cuando don Prudencio
se va á la oficina,
sale de paseo
doña Valentina.
Corre por las calles,
vuelve sofocada,
y el marido nunca
se entera de nada.
Pero todos saben
que puede ascender
con los paseítos
que da su mujer.

—

Si veis algún coche
que va á la Bombilla
y que lleva echadas
las dos cortinillas
y marcha despacio
cruzando el Vivero,
¡rezad por el alma
del pobre cochero!
Porque una pareja
va de fijo en él,
¡y va haciendo el hombre
bonito papel!

Hablado.

UNO. ¡Ésta es una mujer de gracia!
OTROS. ¡Otra cosa! ¡Venga otra cosa!
SILVIO. Allá voy yo.
«Baten el nenúfar,
el nenúfar baten
ondulantes ritmos de la brisa leve...»

TODOS. (Gritando.) ¡No! ¡Que se calle! ¡que se calle!
MARQUÉS. ¡No! ¡no! Amigo Silvio, ¡nenúfares no!
REINA. Anda tú, Ricitos.
RICITOS. Vaya por ustedes.

Música.

(La Ricitos baila un tango canallesco, con mucho taconeo y mucha bulla.)

ESCENA XIV

DICHOS. DON QUIJOTE. SANCHO.

Hablado.

TODOS. (Gritando y palmoteando.) ¡Más, más! ¡Otro, otro! (Aparece Don Quijote por la primera derecha y se planta fieramente en primer término. Al verle todos se apartan replegándose á la izquierda, con lo cual su figura y la de Sancho, que sale también y se queda al paño esperando los acontecimientos, se destacan durante toda la escena.)
QUIJOTE. ¡Ni otro, ni ninguno, ni nada más, mientras yo pueda sostener el hierro en el puño!
SANCHO. (Aquí encontramos la sepultura que andábamos buscando).
MARQUÉS. ¡Calle! ¡Si es el bueno de Don Quijote que se nos había perdido! Venga usted acá, ingrato... (Dirígese á él con los brazos abiertos.)
QUIJOTE. No dé un paso adelante vuesa merced, que en son de guerra vuelvo, y ensartaré en mi espada á quien se me acercare.
MARQUÉS. (Retrocediendo instintivamente.) ¡Pues nos va á dar la noche el señor éste!
ZAIDA. No hacerle caso.
REINA. ¡Echarle fuera!
UNO. ¡Que baile el tango!
TODOS. (Con sonsonete.) ¡Que lo baile! ¡que lo baile!
QUIJOTE. ¡Atrás y silencio digo, gente descomunal y diablesca, ó temed los rayos de mi enojo! (Todos pretenden huir chillando.)

MARQUÉS. Quietos. (Á Don Quijote con dulzura.) Pero si no somos diablescos ni descomunales, señor Don Quijote, sino buenos amigos de usted que queremos que se divierta con nosotros.

QUIJOTE. ¡Nunca los varones fuertes y sanos se entregaron á esas diversiones, que quitan á los hombres la fortaleza y el brío y á las mujeres sus más preciados encantos, que son el pudor y la vergüenza.

MARQUÉS. ¡Pues nos está poniendo de chupa de dómine!

CUCÚ. (Acercándose á él picarescamente y alzando la pierna.) ¡Cu cu! (Se retira riendo.)

QUIJOTE. ¡Voto á tal, doña Daifa ó doña diablo!...

REINA. Me parece que esto ya es mucho aguantar. Dale dos palos, Silvio.

SILVIO. (Avanzando un poco.) ¡Huye, visión macabra! que ya basta de vesánicas elucubraciones.

QUIJOTE. ¡Oiga el bellaco asesino del idioma!...

MARQUÉS. ¡Ea! No le hagáis caso y vamos á lo nuestro. ¿Qué número viene ahora?

SILVIO. La galop de las banderas.

MARQUÉS. Pues prepararse, y andando. (Entre la bulla y algazara consiguientes, coupletistas, clowns, excéntricos y pierrotes se forman en el fondo, en dos ó cuatro filas, según sea su número, enarbolando muchos de ellos banderas de todas las naciones. Silvio se coloca al frente, empuñando una bandera española. El Marquesito y los convidados se apartan á la izquierda para dejar paso á la *troupe*.) ¡Echese á un lado, amigo, que le van á atropellar estas buenas mozas!

SILVIO. ¿Estamos? ¡A una! ¡á dos! ¡á...!

QUIJOTE. ¡Nadie se mueva, he dicho! Antes habéis de entregarme á esa infeliz doncella (por la Ricitos), amarrada contra su gusto á la argolla de vuestra necedad.

RICITOS. ¡Anda, salero! ¡Qué guasa se trae á última hora el hombre!

ZAIDA. Saluda, Ricitos, que te van á defender la honra.

REINA. Anda y no le desprecies, mujer, que buen hotelito en Recoletos te espera. (Risas más fuertes, casi escandalosas.)

QUIJOTE. (Fuera de sí.) Esa risa es sandez y burla á un tiempo, y cobardía sería aguantarla. ¡Denme esa doncella pronto, ó de todos los aquí presentes he de dar buena cuenta!

SILVIO. Fantasma, ó te alongas, ó hago vibrar sobre ti este símbolo. (Enarbolando la bandera.)

QUIJOTE. ¿Qué dices, canalla, mal nacido? (Arrojándose sobre él.)

SILVIO. Esto. (Alza la bandera para descargar el golpe. Don Quijote le detiene con el brazo, acuden muchos más en defensa de Silvio y, forcejeando todos violentamente, recibe Don Quijote tales empellones que le derriban en tierra, sin que pueda evitarlo Sancho, que acude en su ayuda. Al cabo arranca á Silvio de las manos la bandera, que queda en el suelo. Sancho la recoge devotamente y la coloca sobre el banco más próximo. Silvio se vuelve hacia las masas, dispuestas para el baile, y dice:) ¡Adelante todos! Paso, señores.

Música.

(Empieza una galop cancanesca desenfrenada y loca. Los bailarines avanzan hasta el primer término y, al llegar á él, hacen una evolución y vanse por la primera izquierda. El Marquesito y los convidados se apartan al fondo y miran hacia la izquierda también, como si contemplaran el desarrollo de la galop entre los árboles. Don Quijote y Sancho quedan solos en primer término derecha. Sigue la música pianísimo en la orquesta.)

SANCHO. Se van.

QUIJOTE. Sí; se van dejándome maltrecho y derribado en tierra. ¡Canalla ruin y fementida! Vencido y humillado estoy y justo es que á los caballeros vencidos les coman adivas, y les piquen avispas y les hollen puercos. Trae aquella bandera, Sancho, y envuelto en ella vuélvanme al sepulcro, de donde en mal hora me sacaron los encantadores mis enemigos.

SANCHO. No se aflija y cobre ánimo, señor, que aún puede vuesa merced alzarse y correr nuevas aventuras.

QUIJOTE. ¡Trae aquella bandera, te digo! Y vive tú que puedes, Sancho. Goza, diviértete y sacia tus

apetitos como quieras, que tuyo es desde ahora el mundo. Pero muera yo; muera Don Quijote de la Mancha y entiérrense con él el valor temerario y la locura sublime, el amor sin esperanzas y el dolor por el sufrimiento ajeno, el amparo de las doncellas y el socorro de los desvalidos; la fe, la generosidad y al hidalguía... ¡Cuanto ha cubierto siempre esta santa bandera que aquel malsín dejó en mis manos!

MARQUÉS. Ya vuelven, ya vuelven. ¡Adelante! ¡Viva la bagatela! (Fuerte en la orquesta. Entran de nuevo, por el foro izquierda, los bailarines, y la galop llega á su apogeo, mientras muere Don Quijote en brazos de Sancho y cae lentamente el telón.)

OBRAS DE SINESIO DELGADO

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

¡Quo vadis?, zarzuela de magia disparatada en un acto en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *¿Quo Vadis?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los Bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.